

15° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 10.09.2014

La tradición de la Iglesia ha entendido que la vida que brota del Corazón de Cristo es el Espíritu Santo. Juan ha comprendido que es en el Calvario y después en el Cenáculo cuando se ha cumplido, para Jesús y para nosotros, el anuncio gritado por Cristo en pie en el Templo: «Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí», como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva». Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él.” (Jn 7,37-39)

También Ezequiel, seguidamente después de haber anunciado la conversión del corazón de piedra al corazón de carne, obrada por Dios, anuncia el don del Espíritu: “Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y cumpláis mis mandatos” (Ez 36,27).

La imagen que se nos sugiere, con respecto al Corazón de Cristo y al nuestro, es la de un corazón que se convierte en fuente del don del Espíritu. También en la Regla, san Benito hace entender claramente que el corazón humilde, compungido, puro, es un corazón que puede, por decirlo de alguna manera, expresar el Espíritu Santo, amando “*ex toto corde*” (RB 4,1), diciendo la verdad “*ex corde et ore*” (4,28); y también la palabra de Dios, para decir que se recite de memoria, en latín se dice con la hermosa expresión “*ex corde*” (RB 9,10; 12,4), que el francés “*par coeur*” ha conservado en parte.

En definitiva, la idea es que el don del Espíritu hace de nuestro corazón, a imagen del de Cristo, lugar fuente de amor, de oración, de testimonio. Cristo nos da su Corazón para que el Espíritu pueda expresarse tanto desde nuestro corazón como desde el Suyo. El don del Espíritu quiere decir que el Espíritu puede expresarse desde el corazón, a borbotones, salir, para expresar desde nosotros la relación de Jesús con el Padre y el prójimo.

Y quizá debemos cambiar nuestro modo de imaginar el don del Espíritu Santo. El Espíritu no llena los corazones para engordarlos como las ocas, o inflarlos como balones de fútbol, sino para hacerles fuente de amor y de oración. “¡Abba!” es el grito del Espíritu de Jesús que tiende todo él al Padre, sin ningún repliegue sobre sí mismo. El Espíritu nos da el Corazón de Cristo como fuente, no como falso-mar que antes o después se convierte en estanque de nuestro ego. El Corazón de Cristo es un “yo” renegado de sí mismo para invocar, amar, servir, alabar el “Tú” del Padre, y para amar fuera de sí mismo el “tú” de cada uno que el Padre le da como hermano.

El don del Espíritu se cumple no tanto por llenar nuestro corazón sino por brotar y fluir de él, por lo tanto, consiste más en un vaciarse de Sí desde nosotros, y de nosotros por Él. La verdadera plenitud del don del Espíritu en nosotros es el expresarse desde nosotros con un amor sin retorno. Cuando Le permitimos brotar de nuestro corazón como del de Cristo, el Don de Dios alcanza en nosotros su cumplimiento sin fin, infinito, sin medida, sin medida del propio interés.

Cuando en los Evangelios se dice que una persona está llena del Espíritu Santo, como la Virgen María, es el momento en el que esta persona se vacía de sí misma para dar a los demás su alegría, su canto, su testimonio hasta el martirio. El Espíritu no hincha, porque Le gusta soplar, borbotear, brotar, fluir, como lo hace eternamente del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, porque el Padre y el Hijo Lo poseen al darlo y recibirlo mutuamente sin reserva y sin medida.

Cuando me he encontrado con la beata Madre Teresa, durante algunos minutos, la impresión que he tenido, y la imagen que de ella me ha venido rápidamente a la mente, ha sido la de encontrarme ante una fuente chispeante de alegría y de amor. Y esta fuente chispeante fue para mí, como si yo fuera para ella lo único en el mundo. Fue el año antes que muriese. Cuando descubrimos, con las revelaciones publicadas después de la Beatificación, que ella no pudo gozar casi nada de este amor y de esta alegría, viviendo cincuenta años en la aridez interior, en el sentido del abandono, de no ser amada, al principio casi me enfadé, porque era como si la impresión que me había dado, y que llevaba y llevo siempre conmigo, hubiera sido una simulación, quizá llena de caridad, pero de todos modos voluntarista, no verdadera. Después, precisamente dándome cuenta de la naturaleza del don del Espíritu Santo, comprendí que Madre Teresa no disimulaba, que la alegría que brotaba de ella no era recitada, sino precisamente la alegría del Espíritu Santo, justamente la alegría y el amor del Corazón de Cristo. Solamente que en ella el don del Espíritu, por decirlo de alguna forma, brotaba del todo, fluía enteramente, dejándole a ella en una constante aridez interior. Madre Teresa poseía la alegría como la poseía Cristo: dándola, como alegría para el otro, de forma constante, porque el Espíritu brota siempre en quien no retiene el amor. En el fondo, la fuente es el punto del río donde hay menos agua, donde el agua nunca se acumula.

La misma experiencia la hizo santa Teresa de Lisieux, y muchos otros santos y santas de la historia de la Iglesia, quizá todos. Pienso también en san Juan Pablo II, cuando se le veía rezar, y en aquel extrañero murmullo que se oía junto a él en la oración: justamente como un brotar continuo de agua viva de un corazón profundo.

Jesús parece hacer alusión a este misterio cuando habla a sus discípulos de los dolores de parto que conducen a la verdadera alegría: “La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre al mundo” (Jn 16,21).

¿Qué hay más grande que el dolor, el cansancio? Es la relación y el amor con alguien, es el encuentro con alguien. Para una madre, la relación con el niño es más grande que el dolor que debe soportar por él. No debemos olvidar, sin embargo, que Jesús usa la metáfora del parto para describir la relación de los discípulos con Él: “También vosotros estáis tristes ahora, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar. Aquel día no me preguntaréis nada” (Jn 16,22-23a)

Jesús promete la alegría del corazón que nada ni nadie puede quitarnos, al encontrarnos con Él. “Volveré a veros” creo que se debe entender aquí en el sentido de “¡Nos volveremos a ver”, “¡Nos encontraremos de nuevo!”. Y se trata de un volver a verse para siempre que permitirá una alegría del corazón más profunda que cualquier dolor, que cualquier prueba, que cualquier amenaza. No se refiere solo a volvernos a ver con Él en la vida eterna, porque en el Cielo nada nos acechará, nada amenazaré la alegría de nuestro corazón. Pienso que nos quiere anunciar la alegría profunda que es posible en esta tierra a quien se deja dar la alegría del corazón por la relación con Cristo, por la relación que Él viene siempre a renovar con nosotros.

“Aquel día no me preguntaréis nada”. No solo ya no tendremos preguntas sobre Él, sino que incluso no le pediremos ninguna otra cosa más que a Él, su presencia, su mirada, su Corazón.

Este es el parto de la vida en nosotros y entre nosotros: que la relación con Cristo prevalezca sobre todo, y prevalezca en nuestro corazón, como motivo de alegría, como satisfacción más profunda que cualquier insatisfacción, que cualquier motivo de tristeza, en nosotros, en los demás, de los otros, de las circunstancias.

Este parto en nuestra vida es un renacer continuo. No se nos da, o, más bien, no nos lo dejamos dar de una vez por todas. María sí; nosotros debemos siempre “renacer de lo alto”, de la relación con Cristo en el Espíritu Santo.

En el Cenáculo, después de la Ascensión, los discípulos se quedaron a la espera de esta vida nueva, de este “volver a verse con Jesús”, de esta alegría inalienable del corazón. El Espíritu se nos da precisamente para responder a este deseo de vida en la comunión con Cristo. ¿Qué es la Eucaristía si no éste volver a verse con el Señor Resucitado que el Espíritu renueva en la carne de esta vida, transformando nuestros corazones como el pan y el vino que ofrecemos? ¿Qué es la Iglesia sino el Cuerpo que nos permite de volver a ver siempre de nuevo al Resucitado? ¿Qué es el colegio apostólico sino la garantía de que el corazón de todos los hombres podrá siempre, hasta el fin del mundo, volver a ver, volver a escuchar, acoger, al Señor vivo y real, y unirse a Él, incorporarse a Él? ¿Y todos los diferentes carismas suscitados por el Espíritu, para qué sirven si no para volver a encontrar a Cristo en la múltiple respuesta a nuestra estructural necesidad de salvación, amor, verdad, belleza, unidad?